# LA CASA DEL CERRO SEUDONIMO: Afesoj

# Capítulo 1

Hace muchos años que la familia Blanco ya no vive en esa casa que asoma a lo lejos del cerro, pero aun así, cuando recorro el lugar, puedo notar la presencia de todos ellos como si el tiempo no hubiese pasado por allí.

Aunque ahora esté cambiada por el desgaste que las inclemencias han producido en ella, tiene intactas muchas cosas de antaño: Una bonita chimenea, un horno de piedra con su puerta de hierro macizo y unos postigos de madera en sus ventanas, que aunque lucen descoloridos y agrietados, aún conservan algunos de ellos las aldabas con que se cerraban por dentro, eso sí, bastante oxidadas.

Cierro los ojos y veo a Manuel cogiendo la azada, andando con paso decidido a sus quehaceres labriegos; puedo ver a María, la esposa, amasando en la cocina el pan que luego, una vez cocido en el horno de piedra, les serviría de alimento.

Mercedes, la hija mayor, pasea en su cintura a una linda criatura de pocos meses de edad por el patio delantero, en el que dos hermosas palmeras te reciben al entrar, junto a unas decenas de geranios que cuelgan enredándose por las rejas de las ventanas. Los hay de todos los colores: rojos, blancos, rosados e incluso morados. En el suelo, unos maceteros con rosales color crema, de fino aroma, deleitan con su belleza al lado de los claveles y las margaritas.

No faltan también la hierbabuena, el cilantro y el perejil, esparcidos por el suelo.

Menos mal que sus padres la han acogido a ella y a su bebé, pues son años de conflictos; a su marido se lo llevaron al frente a luchar, así que, de no ser por su ayuda habría quedado sola y desamparada, como muchas lo estaban al tener que despedirse de sus conyugues.

También observo, a través de la luz que entra por la ventana, a la abuela Alfonsa sentada en su silla de nea, con el resplandor del sol aterrizando en sus negras enaguas, haciendo un efecto calor muy beneficioso para sus huesos. A sus 85 años recién cumplidos aún conserva en la tez morena de su rostro los vestigios de su lozana juventud pasada.

Linda, la perrita de raza mezclada, a veces se asoma al regazo de la anciana para que ésta le haga unas dulces caricias, aunque cuando la mujer lo hace, siempre oye la voz de Maria diciéndole que no toque a la perra, pues es un nido de garrapatas y pulgas el pobre canino. Aunque las pulgas y chinches son habituales allí, sobre todo están bien instaladas en los jergones de lana donde duermen.

Paula es la otra hija que sigue a Mercedes, de hecho se iba a llamar Pablo si hubiese sido varón, en honor del primer hijo que llevaba ese nombre y que murió a los pocos meses de edad por unas fiebres muy altas.

A veces baja sola hasta la fuente a recoger agua; un pilar de manantío donde también bebe el ganado, llamado “Las Navas”. En esas bajadas siempre encuentra algún joven, sentado en las piedras del camino acechando su paso. Su juventud y belleza los encandila a todos y pone envidiosas a las demás mozas.

Pero ella no les hace mucho caso, hasta ahora ninguno le ha gustado lo suficiente para aceptarlo como novio.

La esencia de todos ellos perdura en el tiempo, se palpa en cada estancia de la casa y en cada flor de madreselva que trepa por la reja oxidada de la entrada.

Yo podía verles a través de mis sueños, antes de venir aquí; esos que se me repetían a cada poco. Recuerdo exactamente la primera vez que soñé “distinto”, fue la noche que estuve velando a mi abuela en el tanatorio de mi ciudad, Rochefort, frente a la isla de Oléron, donde ella vivió casi toda su vida. Y digo casi, porque llegó a Francia siendo un bebé. Y aunque luego vivió en México unos años, retornó al país Galo. Esa noche estábamos todos: mis padres, hermanos, tíos y primos, despidiendo a esa mujer que nos había dado siempre tanto amor y cuidados. Me quedé dormida unos minutos en los que mi querida abuela salió de la vitrina donde estaba guardado su ataúd, sentándose a mi lado; se que fue un sueño y no una realidad palpable porque más tarde, cuando desperté, todo seguía en su sitio: mi abuela donde debía estar y todos mis familiares en los asientos que recordaba antes de dormirme.

En el sueño me contó que ella había nacido en España, en un pueblecito del sur de Extremadura cuando estalló la guerra civil.

Al crecer e indagar sobre su procedencia, esos fueron los únicos datos que le dieron en el registro civil, donde todos los niños de la guerra habían sido inscritos. Solo le proporcionaron esos apuntes, no podían saber a qué familia pertenecía cada cual.

Después de decirme eso cogió mi mano entre las suyas y me dijo\_ <<Encontrarás mis raíces y tú serás la nueva semilla que hará brotar todo de nuevo>> Y desde entonces los sueños se repitieron.

Pero luego les conocí más. Fue cuando viajé a esa tierra española y leí esas notas escritas en unos cuadernos que encontré un día, por casualidad, cuando me dirigía a visitar ese hogar, el hogar de mis antepasados. Un sueño, como no, me desveló el nombre de la ciudad y del sitio exacto donde vivieron.

Los cuadernos estaban escondidos bajo unas piedras en las que me apoyé antes de subir a la casa y envueltos en una gabardina de soldado que los protegía.

Me senté en el mismo lugar donde estaban, después de haberme caído y magullado las rodillas; como si algo me hubiese arrastrado a caer precisamente ahí, como si algo hubiese querido que los encontrase.

Tal como les describo al principio de mi relato es como quiero verles y no como los acontecimientos narrados en esas líneas me dicen que acabaron todos. Pero de algún modo, aunque me duela, las leeré una y otra vez para que se sepa de sus vidas y de sus muertes.